

EN MEMORIA DE ENRIQUE SÁNCHEZ VALADÉS

IN MEMORY OF ENRIQUE SÁNCHEZ VALADÉS

Carolina Alcalá Núñez

carolinaalcala@live.com

Resumen

Siendo que un antes y un después nos van marcando las sendas de la vida en todos los órdenes, Enrique Sánchez Valadés ocupó ese tránsito de la adolescencia, en mi caso como en el de tantos otros, para mirar el futuro con ojos limpios e inquietud por lo que pasa a nuestro alrededor sin eludir implicaciones comprometidas.

La indiferencia es cómoda, algo que nunca practicó Enrique a lo largo y ancho de su caminar a este lado y más allá del Atlántico. Cercano al necesitado, generoso, de puertas abiertas físicas y espirituales... inflexible con la injusticia, valiente en tiempos difíciles. Creativo en idear fórmulas a cada circunstancia adversa o... placentera, dando la cara, sin tapujos, y siempre con humildad.

Aún dudando si sería de su agrado que alguien como yo y después de tantos años, hable de él como referente esencial en mi vida y en la de otros muchos a los que pongo cara y voz. Dando por cierto que ningún ser humano es del todo perfecto, contrapunto que le gustaría oír conociendo su modestia.

¿Y, por qué ahora sacar a colación una mínima parte de su ardua trayectoria? Porque esta Revista me ha dado la oportunidad de poner con palabras algo que deseaba sacar a la luz rescatando del olvido a un ser humano, sacerdote por vocación, que, en su caminar, con más hechos que palabras, fue un referente clave en la vida de muchas personas.

PALABRAS CLAVES: Religiosos, Misioneros, Enrique Sánchez Valadés, Don Benito.

Abstract

Being that a before and after we are marked by the paths of life in all orders, Enrique Sánchez Valadés occupied that transition of adolescence, in my case as in so many others, to look at the future with clean eyes and concern for what happens around us without shirking committed implications.

The indifference is comfortable, something that Enrique never practiced along the length and breadth of his walk on this side and beyond the Atlantic. Close to the needy, generous, open physical and spiritual doors ... inflexible with injustice, brave in difficult times. Creative in devising formulas to each adverse circumstance or ... pleasant, giving the face, without taboos, and always with humility.

Still doubting if it would be to your liking that someone like me and after so many years, speak of him as an essential referent in my life and in that of many others to whom I put my face and voice. Assuming that no human being is completely perfect, a counterpoint that he would like to hear knowing his modesty.

And, why now bring up a small part of his arduous career? Because this magazine has given me the opportunity to put in words something I wanted to bring to light by rescuing a human being, priest by vocation, who, in his walk, with more facts than words, was a key reference in life of a lot of people.

KEYWORDS: Religious, Missionaries, Enrique Sánchez Valadés, Don Benito.

EN MEMORIA DE ENRIQUE SÁNCHEZ VALADÉS

Carolina Alcalá Núñez

Por sus obras los conoceréis.

Cita bíblica encarnada en un dombenitense por los caminos del mundo.

Llegar en el momento preciso.

Estar en el tiempo oportuno.

Y sembrar... sembrar con palabra y vida.

No es mi intención exaltar únicamente la vocación sacerdotal de la persona que pretendo rescatar del olvido ni obviar su espiritualidad y fe profunda, cuyo enfoque evangélico le condujo a enraizar en valores y compromiso humano con los más desfavorecidos dentro de una sociedad profundamente injusta.

Infinidad de veces nos hacemos preguntas que no tienen respuesta, o... tal vez no queremos o no sabemos buscarlas. Pero si nos miramos en el espejo de nuestro interior, analizándonos y sopesando los resortes que lograron incrustarse en el yo que aparece en nuestro presente, posiblemente deduzcamos la raíz que determinará la trayectoria que va a marcar nuestro caminar por la vida.

En lo que a mí concierne, creo llegado el momento de analizar de manera determinante aquello que en plena adolescencia fue sembrando sin presiones la figura, para mí providencial, de un joven sacerdote nacido en Don Benito.

Finalizaba septiembre, tal vez comenzaba octubre, allá por el año 1955, cuando Enrique Sánchez Valadés llegó a Guareña como coadjutor en la parroquia de San Gregorio, y podría decirse de él que transformó con tesón y voluntad arraigados conceptos caducos en buena parte de chavales y no tan chavales de nuestro pueblo.

Echando la vista atrás, nítidamente puedo ver algo llamativo en la personalidad de Enrique, llamado por todos en aquellos años don Enrique. Antes de que los feligreses de la parroquia tuvieran noticias de su presencia, ya estaba pisando los barrios marginales del pueblo, cuyas penurias carecían de visibilidad a ojos de quienes lo tenían todo.

Yo, con mis catorce o quince años, fui testigo de cuanto quiero referir en estas memorias, e igual que yo, toda una generación que comenzó a ver la vida con ojos nuevos a través de sus palabras, respaldadas en todo momento por su modo de vida.

Licenciado en Teología en la Universidad de Salamanca, ordenado sacerdote en la diócesis de Plasencia, con sus veintitrés años y determinación serena, puso en marcha todo lo que creía prioritario en un pueblo sin iniciativas, clasista y lleno de prejuicios. Difícil tarea que pudo realizar comenzando por la juventud, que enseguida supo distinguir el trigo de la paja. Sus homilías, encauzadas a descubrir el verdadero rostro de Jesús, incomodaron a quienes frecuentaban los Sacramentos por inercia, por rutina, por hacerse notar... todo ello bastante alejado del verdadero Mensaje, mientras no tenían inconveniente en explotar a quienes estaban a su servicio. Denuncia arriesgada en plena dictadura, calando profundamente entre los jóvenes y no tan jóvenes, que abrieron puertas a perspectivas de un futuro más sincero y alentador.

En un cercado, allá por donde la gente creía que eso de las prácticas religiosas era cosa de

los ricos y de las mujeres, se iniciaron sencillos espectáculos lúdicos que hicieran algo agradable la vida a quienes no tenían medios para otros disfrutes. Muchos chavales que nunca se acercaron a la iglesia, encontraron en él al amigo que los trataba como iguales y, de paso, sembraba otra visión cercana al verdadero Jesús de Nazaret.

Pero no solo nos alentaba en el descubrimiento de unas creencias más vivas y cercanas al ser humano, sino que fomentaba el mundo de lo lúdico organizando excursiones, muy humildes, desde luego, a pueblos de nuestro entorno con medios ahora inconcebibles. La "chocolatada" en Noche Vieja se institucionalizó como algo divertido y gozoso para estrenar un Nuevo Año. La Cabalgata de Reyes, con los medios más precarios, salía adelante con el reparto de juguetes para niños que de otro modo no llegarían a sus manos... ni en sueños.

Pero también nos hizo ver las cosas serias con responsabilidad y sin tabúes. Siempre, siempre, para él lo prioritario se centraba en las carencias que se sufrían en los barrios marginales, en el hambre real que muchas familias padecían, en la mortandad infantil especialmente durante los meses de calor, por la falta de higiene, de agua potable, diarreas crónicas y deshidratación.

Otra preocupación se centraba en los jornaleros, que bien de mañana llegaban a la plaza de Abastos por si eran contratados, aunque fuera solo por un día... siendo que, la inmensa mayoría, regresaba con las manos vacías a sus humildes viviendas compartidas por varias familias, muchas de ellas sin puertas en las habitaciones y cubiertas por miserables cortinas.

No me invento nada, todo eso lo he visto yo, aunque no vivido en primera persona. En mi familia, aunque austera mente, no nos faltaba el alimento diario, ni calzado, ni ropa. Sin embargo, la visibilidad de los hechos llegaba a mi joven corazón, grabándose de tal modo, que ha vivido conmigo hasta el día de hoy, reproduciéndose en cada situación injusta a través de los años (y ya cumple setenta y cinco) independientemente del lugar geográfico donde se produzcan, sin que ello signifique que aquellos inolvidables años carecieran de ilusiones y divertimentos que siguen latentes en el rinconcito visible de mis recuerdos.

Retrocediendo a aquellos cuatro únicos años que Enrique estuvo en Guareña, otra idea genial que auspició acabando por ser algo colectivo entre un grupo de chavales, fue la de editar una revistilla pese a los escasos medios, llamada "La traca", que sacaba a la luz ciertas atrocidades que se cometían con total impunidad y que era repartida en la puerta de la iglesia a la salida de las misas. Claro que aquella experiencia desapareció a los pocos números, las represalias no se hicieron esperar.

La JOC dio sus primeros pasos en tan escaso tiempo, reitero, cuatro años tan solo de permanencia entre nosotros, que no pudo ser más fructífera.

Otra cosa llamativa de Enrique fue adelantarse a los tiempos con algunas propuestas conciliares que unos años después adoptaría el Concilio Vaticano II.

Otro empeño con escasos resultados fue insistir en que los pocos trabajadores artesanos pidieran al patrón ser dados de alta, pensando ya en que pudieran tener algún derecho respecto a la sanidad y pensando en sus futuras jubilaciones. Caso omiso y represalias respecto al puesto de trabajo si alguno se arriesgaba a quiera proponerlo.

Pero también fueron años para la cordialidad, para la convivencia y para comenzar a romper barreras entre las distintas clases sociales; porque... no solo se trataba de los de arriba y de los de abajo, la clase media también ocupaba su espacio, de modo que había grupos de personas con condiciones de vida muy diferentes que con el paso del tiempo y gracias al constante predicamento del nuevo cura fueron acercándose, aunque sus reminiscencias permanecerían durante largos años.

En lo hasta ahora expuesto, no se agota la cosecha del infatigable sembrador, pero como pretendo seguir con el periplo andariego en la persona que rememoro, abordaré otra etapa de su vida.

A colación y, para cerrar esta fase, me voy a permitir incluir un poema que compuse bastantes años después recapitulando esta época concreta.

Oscilaciones

La hipocresía no es abstracta.

La veo a menudo en rostros respetables,
en sonrisas huecas, en conductas de acero.

¿Por qué, pregunto y me pregunto,
en tiempos de gustar y gustarse,
no esquivo la escarcha de lo injusto y ajeno?

¿Cómo que ajeno?

¿Acaso mis oídos están sordos a palabras sin quejas;
a murmullos, a silencios...?

Silencios que mi yo inseguro enjuicia, magnifica,
condena, da forma, pone nombre y voz.

Auténtica ceguera la de cerrarse a evidencias
sin que la rebeldía grite.

Y de repente... las volátiles briznas de la edad ligera reclaman...

¿Qué haré esta tarde? ¿Con quién_he quedado hoy?

Vaivenes, mezcolanza, interiorizado reajuste,
que ubica sin sobresaltos cada cosa en su lugar.

Eres ágil mariposa... no redentora,
me recuerda el vaporoso vestido
que sonriéndome se ajusta a mi talle.

No recuerdo exactamente si fue mediado ya 1959 o a principios de los 60, cuando Enrique partió a Colombia a través de la OCSHA (Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana) dejando tras de sí todo un pueblo tristeñecido, o la mayoría de Guareña, pero con la senda marcada que no ha logrado borrar el paso del tiempo. Tan así, que cuantos aún seguimos con vida, continuamos reconociendo aquellos años decisivos grabados para siempre en nuestras vidas. Aunque... para ser objetiva, tampoco faltaron quienes se frotaron las manos y no hace falta señalar a quiénes me refiero.

Y convencido de que su quehacer requería otros horizontes, allá llegó, a La Ceja del Tambo. Este municipio recibía el nombre a causa de las cimas en forma de arco que presentaban varias de las montañas limitantes del altiplano por oriente, occidente y sur en forma de arqueadas cejas y por las viviendas que construían los indígenas que habitaban este territorio y las posadas que a partir del siglo XVII albergaban a comerciantes, muleros y viandan-

tes, que de Popayán viajaban por el camino que de Arma Viejo y el pueblo de Sabaletas conducía a Rionegro.

El mencionado municipio se sitúa sobre la cordillera central al sur del Oriente cercano, en el altiplano, a 41 kilómetros de Medellín. Limita al norte con Rionegro y El Carmen de Viboral, al oriente con La Unión, al sur con Abejorral y al occidente con Montebello. La mayoría de los municipios del oriente antioqueño disponen de varios pisos térmicos, propiciando una gran variedad de flora y fauna. Sus climas van desde el frío de Sonsón y La Unión hasta Medellín. El Cocuyo, La Ceja del Tambo, los ríos Nare, Samaná y Cauca, gozan de climas templados. La Ceja pueblo se divide actualmente en dos zonas: la norte, urbana y la sur, rural. La primera situada en una planicie rodeada de montañas donde se encuentra la cabecera municipal y la actividad agroindustrial, es donde se dan los mejores suelos. La segunda, la rural, contiene casi todos los climas debido a la variedad de elevaciones, con vientos alisios dominantes y diversos pisos térmicos templados y cálidos. Desde la vereda Fátima en el corregimiento de San José, puede apreciarse el río Buey, con su impresionante cascada y otro río de sugerente nombre, La Miel.

No, no eligió mal lugar Monseñor Alberto Uribe Urdaneta para la ubicación del Seminario Cristo Sacerdote de La Ceja, con el sobrenombre de "Vocaciones tardías", pionero en aquel momento, al menos en América Latina y en ningún otro Continente, que yo sepa. Llegando a contar con el paso del tiempo con más de 200 seminaristas de casi todos los países del entorno, así como de diversos lugares de Europa.

El seminario en sus inicios fue una valiosa experiencia de vida familiar, de fe y de confianza; todo caminaba con elementos rudimentarios, empezando por la casa. Las clases se impartían en el comedor, en los corredores, debajo de un árbol o en el "guadual" que se ha conservado como un testigo tras diversas ampliaciones, pero la confianza de un pequeño grupo de hombres que sin mirar las apariencias emprendían la aventura de la vocación, los alentaba día a día.

El año siguiente, 1960, comenzó con 47 alumnos y la capilla ya estaba casi terminada. El número de seminaristas seguía creciendo y fue necesario buscar casas prestadas que albergaran a tantos solicitantes. Semillero que en pocos años lograría formar a sacerdotes comprometidos contra las causas de injusticia que impunemente proliferaban sin que nadie les pusiera freno. Y en ese momento histórico llegó Enrique Sánchez Valadés como profesor de teología.

El alumnado era de lo más variopinto, algunos procedían de la Universidad, otros eran jóvenes obreros o campesinos, abogados, ingenieros, algunos profesionales que ya habían ejercido en labores diversas, y muchos de edad madura y hasta de avanzada longevidad. Entre ellos estaba Ernesto Cardenal, por entonces más entregado a la mística y a la poesía que a la revolución. Allí compondría y recitaría su poema a la muerte de Marilyn Monroe, siendo profesores suyos de teología Enrique, primero, y tres años después, Tomás Calvo Buezas.

Otra figura peculiar que ingresó en el seminario por entonces, fue William Agudelo, amigo de Ernesto Cardenal. Músico, compositor y pintor, comenzó un diario estando en el Seminario, llegando a ser publicado con el título *Nuestro lecho es de flores* (1970), que pronto fue conocido internacionalmente y traducido al alemán y al inglés. Jaime Jaramillo Escobar nos da su mejor perfil: "William Agudelo es un gran poeta natural -los hay artificiales-, autor de un solo libro que salió a la luz en México en 1970; este fue escrito como diario y publicado como novela, pese a ello, se lee como poesía. No sabía de géneros cuando lo escribió, pero tenía una poderosa intuición..."

Tales movimientos se daban al resuello del Concilio Vaticano II iniciado aproximadamente por la misma época. Hecho que supuso algo más que una modernización, fue un vendaval de cambios, ideales, sentimientos, apertura, diálogo, libertad mucho más allá de las dogmá-

ticas declaraciones y de las instituciones jerárquicas. Todo parecía posible, naciendo nuevas formas de compromiso cristiano, como las Comunidades Cristianas de Base iniciadas en 1964. Para construir una sociedad más justa, surgirían la (JOC) y la (HOAC), bagaje ya experimentado por Enrique Sánchez Valadés, por Tomás Calvo Buezas y un buen número de curas en España en circunstancias bastante adversas, al tiempo que en Francia algunos sacerdotes vivían la experiencia como "curas obreros".

Pero no seré yo quien me atribuya el seguimiento exhaustivo de la trayectoria de Enrique, idea que llevaba madurando desde hace tiempo desde la distancia y a lo largo de tantos años, causa de mi retraso en colaborar con esta revista.

Cierto que, en uno de sus viajes a España, se nos dio la oportunidad de coincidir precisamente en el Medellín de Extremadura, estando ya casada y con hijos. Fue esclarecedor, porque de viva voz pudimos comprobar que si bien, en el caso de sus inquietudes sociales, ni la fatiga ni los años lograron que decreciera, en lo concerniente al mundo de aquel momento concreto tampoco se había quedado al margen de la evolución de esa época, sino más bien, en su afán de aproximarse a la complejidad humana, supo tender puentes de entendimiento que posiblemente en años anteriores le habrían resultado difíciles de asumir.

En lo que a mí se refiere, para dar forma lo más ajustado en lo posible a la realidad, necesitaba aportes de testigos cercanos en su amplio recorrido por territorios diversos con peculiaridades y problemáticas parecidas, aunque con diferenciados rasgos. Y ahí aparecen los hilos invisibles que hacen posible lo que parecía irrealizable. Manuel Pecellín Lancharro, miembro de la Real Academia de las Letras y las Artes de Extremadura, me proporcionó el correo electrónico de Tomás Calvo Buezas (Tornavacas 1936) que, inmediatamente y con total generosidad se brindó a llenar huecos vacíos que creía inalcanzables, con la inestimable colaboración de José Gil, también sacerdote y copartícipe en su caminar por tierras lejanas y a la vez... tan próximas.

Mediante correo electrónico, vía telefónica, e incluso, en lo que se refiere a Tomás, la posibilidad de encontrarnos en una cafetería de Madrid, y, frente a frente, con una mesa por medio, pude escuchar con total precisión, explicaciones que de otro modo me habrían resultado inalcanzables.

Mis recuerdos se remontan a 55 años atrás -comenzó diciendo-. A finales de octubre de 1963 dejé atrás mi pueblo, Tornavacas, y Trujillo, ciudad donde había ejercido un tiempo como sacerdote. Llegué en un viejo barco a Cartagena de Indias, destinado como profesor de Sociología del Seminario de Vocaciones Adultas de la Ceja, junto a Medellín (Antioquia), donde tres años antes ya estaba el padre Enrique Sánchez Valadés, diocesano placentino de Don Benito como profesor de Teología. Conjuntamente permanecimos tres años en dicho Seminario, viajando los fines de semana a la populosa e industrial ciudad de Medellín, tomando contacto con grupos cristianos comprometidos en la lucha social. Tres años después fuimos expulsados del seminario cuatro profesores y un buen número de seminaristas, por apoyar, entre otras razones, al Movimiento de Camilo Torres. Al revolver fotos y cartas de mis amigos y conocidos, algunos masacrados por la guerrilla y por los paramilitares, he sentido un cúmulo de lacerantes sensaciones, llenas de ambigüedades y contradicciones, sintiendo entonces admiración por el coraje martirial de mis compañeros sacerdotes en la búsqueda de la justicia social, como el del sacerdote diocesano Ciriaco Cirujano, asesinado vilmente por la guerrilla en Colombia.

Mediados los sesenta y en los setenta, los paradigmas ideológicos, los valores y, sobre todo, las ilusiones y sentimientos de Camilo Torres, de otros curas colombianos y algunos sacerdotes españoles se sintieron atraídos por los nuevos aires que fluían por América Latina. En aquellos años convulsos y llenos de esperanza, aún no se había consolidado doctrinalmente, como un cuerpo compacto ideológico, la Teología de la Liberación, aunque la está-

bamos “construyendo” en la praxis. Se partía de la necesidad irrenunciable evangélica de luchar contra las estructuras explotadoras en la búsqueda de la justicia social, pero desde la primera reunión aparecieron divergencias en cuanto al medio instrumental de alcanzar esa soñada sociedad justa: la mayoría de los sacerdotes rechazábamos la lucha armada (aunque la comprendiésemos), pero una minoría, como Domingo Laín, allí presente, la justificaba como único y eficaz medio de conseguir la deseada sociedad no explotadora, camino ejemplar que tomará el ícono modélico de Camilo Torres, asesinado en 1966.

Otra cosa que conocí por boca de Tomás Calvo Buezas, fue que en el momento de la expulsión, Enrique estaba en España, quien, al enterarse, escribió una carta muy dura al Obispo, con la firme decisión de no volver al Seminario de La Ceja en solidaridad con sus compañeros expulsados. Decisión dura y difícil, que sin duda le costaría serios quebrantos, tomando la resolución de seguir los pasos de Tomás camino de Venezuela. Tales cosas me las contaba Tomás con un punto de ironía: “Así que yo decidí ir a Colombia inducido por las filminas que Enrique mostraba cuando venía a España, y después fue él quien hizo lo propio yéndose a Maracaibo, lugar donde coincidimos con José Gil, también sacerdote extremeño de Valverde de la Vera que, habiendo estado en Bolivia provisionalmente, tomó el mismo camino.

Maracaibo, ciudad portuaria que ya descollaba con sus inmensos yacimientos de petróleo, daba pasos a la prosperidad que, como siempre, no se veía distribuida equitativamente, causa por la que cierto sector productivo decidió ir a la huelga a la que Enrique se adhirió prestándoles su apoyo, aún sabiendo a lo que se exponía, como así fue. El obispo trató de disuadirle con buenas palabras, pero con un ultimátum: Debes elegir -le dijo-, no puedes implicarte hasta esos extremos. Ocupa tu puesto como corresponde, o sigue con ellos. Las causas habría que entenderlas como miedo a enfrentarse con gente muy poderosa con quienes lo prudente era contemporizar. Pero Enrique no lo dudó: mi sitio está con las personas que me necesitan y con las que me he comprometido. Y en breve pudo vérsele como empleado en una gasolinera totalmente al margen de las exigencias impuestas por la institución jerárquica. Estos hechos se supieron por él mismo en uno de sus viajes a España.

José Gil y Enrique, estuvieron tres años en Venezuela trabajando juntos. Tomás salió de Venezuela antes, regresó a Madrid e hizo una licenciatura y cursos de doctorado en la Facultad de Ciencias Políticas de la Complutense, licenciándose también en Teología Pastoral en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Tiempo después Enrique conoció a un sacerdote de la Diócesis de Sacramento, California, que le habló de la necesidad que tenían de curas de habla hispana para atender a los mexicanos emigrantes. Y allá se fue, nueva andadura vinculada a su inagotable afán de servicio allá donde lo necesitaran. Enrique gestionó su partida a Sacramento y poco después la de José Gil. Todo esto se hacía con los permisos individualizados y expresos del Obispo de Plasencia y de la Diócesis de Sacramento, puesto que la OCSHA no tenía acuerdos con Norteamérica.

Durante un tiempo coincidieron los tres curas en Sacramento, aunque dispersos, cada cual en su quehacer. Tomás solamente estuvo dos años. En 1976 se secularizó, decidió cursar estudios en Nueva York, meta que llegó a implicarle íntegramente en la problemática de la inmigración, racismo y xenofobia, empeño que aún sigue latente y ejerce allá donde sea necesario estar, pero siguió siendo amigo fiel de Enrique y de José Gil.

Pasados bastantes años y habiendo ejercido de catedrático de antropología en la facultad de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Complutense, continúa en la brecha en comisiones de inmigración, racismo, xenofobia y escribiendo libros que puedan llegar a concienciar a una sociedad tan amorfa e indiferente frente acuciantes clamores de una humanidad desgarrada.

José Gil estudió psicología después de ser sacerdote, trabajando y estudiando, tras ello hizo

un máster de terapia familiar en la Universidad de San Francisco en California. "Estos estudios los consideré muy necesarios para complementar y enriquecer mi sacerdocio de cara a mi trabajo, ya que en muchas ocasiones hube de tratar a personas muy traumatizadas por la enfermedad, por la violencia y dureza de la vida". Y este reciente correo electrónico que me ha enviado José avala todo lo anteriormente dicho:

"Me parece encantador tu escrito sobre Enrique -opinó cuando le envié el texto-, aunque su vida daría para escribir un libro entero. En Maracaibo trabajamos todo el tiempo juntos, y en Norteamérica, aunque separados, muy unidos en la amistad y en el trabajo. Personalmente le debo mucho; era un personaje, no solo creativo, sino muy enriquecedor."

Como anécdota, José Gil me contó vía teléfono móvil: "Cuando llegaba la tarde de los domingos, tan cansados estábamos, que lo único que nos apetecía era alquilar una película de Cantinflas para relajarnos y evadirnos de tantos problemas." A él, a José Gil, también le debí su inestimable colaboración por facilitarme un libreto o extracto de consultas y respuestas que dice mucho de la personalidad de Enrique. Se trata de una revista que salía quincenalmente, cuyo sumario incluía una sección dedicada a consultas de todo tipo dirigidas al padre Sánchez, a las que puntualmente respondía. Tal vez incluya alguna de ellas, después de haberlas leído, las considero testimonios vivos de su talante abierto y conciliador.

Después de la entrevista que mantuvimos Tomás Calvo Buezas y yo en la cafetería Van Gogh de Madrid, seguimos contactando mediante correo electrónico o por teléfono. En una de esas ocasiones le comenté el excesivo puritanismo que se desprendía de alguna de las consultas que le hacían al padre Sánchez, tratamiento innato e inamovible en el modo expresivo de los chicanos. Tomás afirmaba que así era la gente en aquel momento y había que tener mucho tacto respecto al verdadero mensaje evangélico, porque a ellos no había quien los sacara de su Virgencita de Guadalupe y sus tradiciones ancestrales. Así que el padre Sánchez se las ingenia tratando de enfocar las respuestas desde puntos de vista más abiertos y liberadores. Sí, -afirmaba Tomás-, analizaba concienzudamente todo tipo de dudas y problemas que le planteaban, la revista era un buen medio y tenía muchos seguidores, tarea que alternaba con un programa de radio semanal con el lema "Aprendiendo a vivir".

Una vez concluida esta faceta sobre Enrique, Tomás añadió algo que me hizo mucha gracia: A veces le decía: Tú lo que eres es un liberador de conciencias, ¿no será que de paso liberas la tuya? ¿A que se reía? Solté instantáneamente- "Sí, el sentido del humor no le era ajeno, así como una altísima predisposición a la libertad."

Isleton, pequeño pueblo a escasa distancia de Sacramento, California, es donde finalmente estuvo Enrique -me aclaró José Gil mediante correo electrónico-. Solicitó ese pequeño pueblo porque se sentía un poco agotado y no lejos de los médicos que trataban su enfermedad coronaria. Discutimos porque yo estaba en contra y se lo dije al Obispo, que al igual que yo opinaba que dada su preparación, debería ocupar un puesto de mayor categoría y trascendencia, pero no aceptó.

Su última etapa en América, ya jubilado, la pasó en Guadalajara, México, colaborando en alguna parroquia, pero su fatigado corazón no respondía a los tratamientos y regresó definitivamente a su tierra.

Tengo constancia de que, mientras pudo, fue varias veces a Guareña, pero ya faltábamos muchos de los que en aquel tiempo compartimos vivencias inolvidables.

Y un aciago día, mientras conducía el coche en la carretera de Medellín a Don Benito, le dio un infarto derivando en accidente. Su hermana, que viajaba a su lado falleció casi instantáneamente, él quedó en coma durante un mes. Tomás Calvo Buezas fue a verlo, acarició su mano, su brazo y, cosa rara, abrió los ojos con una interrogante en ellos que Tomás creyó

leer en esa mirada algo así como... ¿qué haces aquí? Y al poco voló.

José Gil que, a poco de cumplir ochenta años, continúa activamente en Cáceres allá donde lo necesitan y, como psicólogo trabaja en el Teléfono de la Esperanza atendiendo a personas con serios problemas y sin medios económicos para pagar a un profesional de la psicología. En esos momentos también estuvo a su lado y tras el sepelio, la familia le entregó el libreto que desde el otro lado del Atlántico llegó a su domicilio en Don Benito y reproducido pasó a mis manos. Deuda contraída con ambas personas sumamente solícitas. A ellos, José Gil y Tomás Calvo Buezas, vaya mi agradecimiento, deuda impagable que siempre estará en mi memoria.

Y de manera incalculable, al Santo no canonizado y, sí de mi devoción, Enrique Sánchez Valadés, a quien tanto debo en mi caminar por la vida.

Aquí dejo algo de la dedicatoria y reconocimiento de las personas con las que convivió la mayor parte de sus años fuera de España.

A la familia de Enrique Sánchez

Durante catorce años tuve el privilegio de contar con la colaboración del padre Enrique en las páginas de El Heraldo Católico y casi al mismo tiempo en el programa radiofónico semanal –dominical: "Aprendiendo a vivir".

Conocí y traté al padre Enrique años antes de que se fundaran esas dos entidades diocesanas. Como pueden ver, mi relación y la de mi esposa con él, no fue ocasional sino sostenida casi dos décadas. Siempre tuve la ilusión de que las cartas que recibió y a las que dio contestación a través del periódico y del programa de radio fueran publicadas en un libro. No me ha sido dado realizar este proyecto, pero aquí les envío la recopilación de dichas cartas por si alguien de ustedes quisiera darse a la tarea de hacer este sueño realidad.

Al leerlas, se darán cuenta de que todas o casi todas fueron publicadas respetando –a petición del padre Enrique– la gramática y ortografía (o la falta de ellas), de sus autores.

Sea pues este un modesto homenaje al maestro que fue un pilar en la formación espiritual y humana del pueblo hispanoamericano de la diócesis de Sacramento.

Reciban todos ustedes, y mi amigo el padre Pepe Gil, un fraternal abrazo.

José Ramírez

(Pepe Buenavista) Periodista mexicano-americano de Sacramento, California.